

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

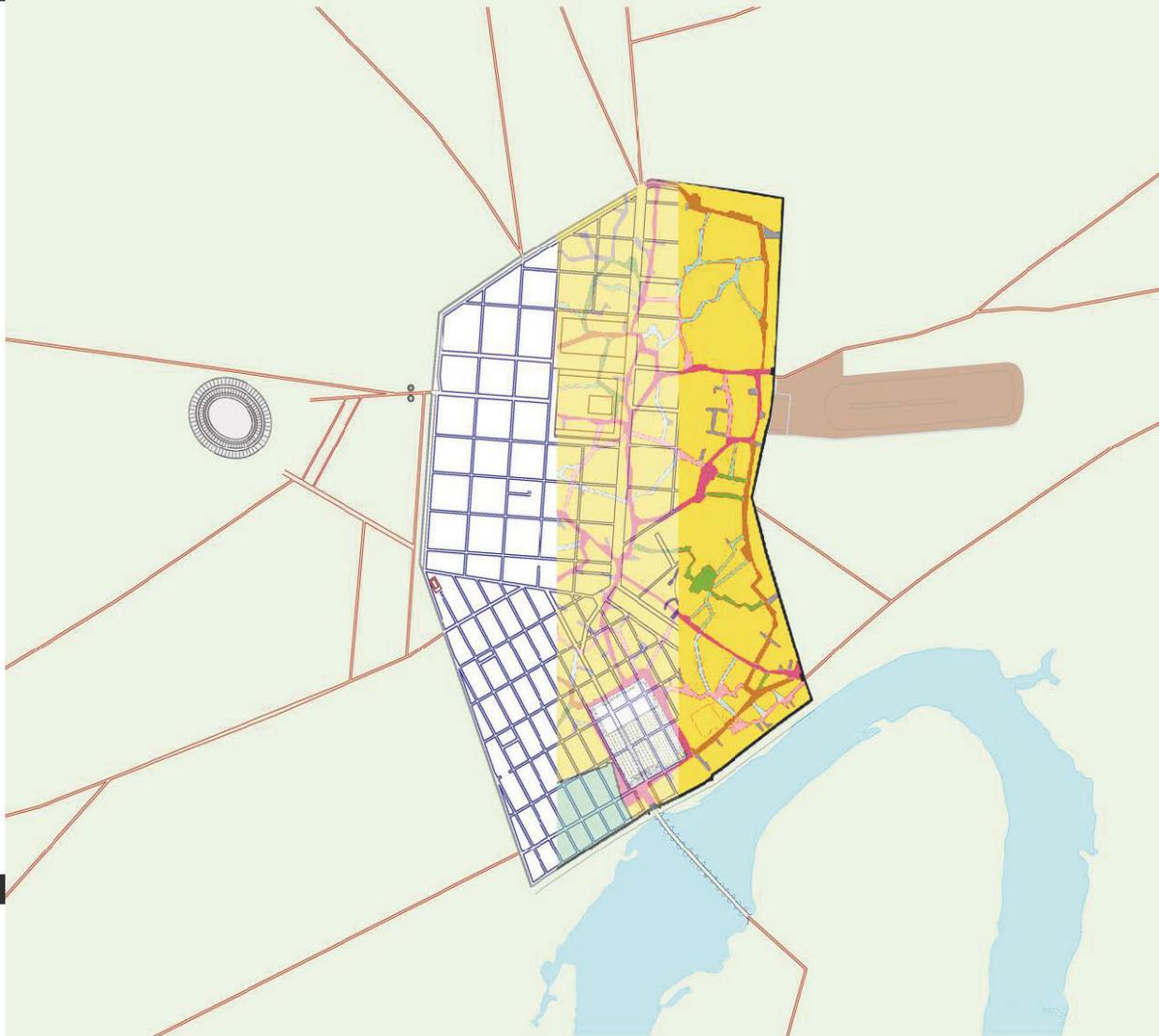
VAQUERIZO GIL, D. (Coord.)

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

VII

LOS BARRIOS EN LA HISTORIA DE CÓRDOBA (1)

LOS BARRIOS EN LA HISTORIA DE CÓRDOBA (1)
**DE LOS VICI ROMANOS
A LOS ARRABALES ISLÁMICOS**



DESIDERIO
VAQUERIZO GIL
COORDINADOR



DE LOS VICI ROMANOS A LOS ARRABALES ISLÁMICOS

2018

CÓRDOBA, 2018

VAQUERIZO GIL, D.

(Coord.)

**LOS BARRIOS DE CÓRDOBA
EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD**

**DE LOS *VICI* ROMANOS
A LOS ARRABALES ISLÁMICOS**

**REAL ACADEMIA
*DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA***

2018

LOS BARRIOS DE CÓRDOBA EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

DE LOS VICI ROMANOS A LOS ARRABALES ISLÁMICOS
Coordinador: Desiderio Vaquerizo Gil

(Colección *T. Ramírez de Arellano VII*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba

ISBN: 978-84-949403-1-6

Dep. Legal: CO 1884-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

PRÓLOGO

CUANDO LA SOCIEDAD TOMA LAS RIENDAS...

Llevo muchos años defendiendo activamente, con la palabra y también el ejemplo, la idea de una arqueología integral. Entiendo como tal un modo de hacer que, desde el compromiso firme con la heurística y el entorno, implique de forma orgánica y natural, o por lo menos esté en condiciones de abarcar con idénticas profundidad y solvencia, investigación, protección, conservación, tutela y difusión en sentido amplio, principios definidores e indisociables los cinco, desde mi modesto punto de vista, de la arqueología entendida como ciencia histórica, patrimonial y social.

Tradicionalmente, la comunidad científica ha trabajado sólo para sí misma, olvidando con ello una premisa básica: los arqueólogos desarrollamos nuestra labor sobre un legado colectivo que, ya adopte forma material -tejido patrimonial- o inmaterial -conocimiento-, ha de ser innegociablemente reintegrado a la sociedad a la que pertenece para que ésta pueda disfrutarlo como parte determinante de su herencia espiritual, pesada a veces, pero siempre ennoblecedora y prestigiante; lo usufructúe desde los puntos de vista cultural e ideológico como la seña de identidad que en último término es; lo conserve, lo potencie, y también lo rentabilice. Y, paradójicamente, lo hacemos casi siempre con financiación pública, por lo que en gran medida la ecuación venía quedando cortocircuitada al prescindir por completo y sin pudor los investigadores de aquella misma sociedad que nos da sentido y nos sostiene, en una suerte de *contradictio in terminis* puramente unilateral, cuando poco llamativa.

Muchos han puesto etiquetas más o menos convencionales a esta nueva forma de hacer las cosas. Sirva recordar a tal efecto el auge que, entre otras¹, han conocido estos últimos años las denominadas, con mayor o menos fortuna, Arqueología Pública, Arqueología Comunitaria, Arqueología

¹ La diversificación de la arqueología en “arqueologías” es un tendencia imparable desde hace varias décadas; en realidad diferentes enfoques de la disciplina que persiguen fundamentalmente la especialización, la revisión crítica o la atención a las “periferias”. Sirvan como ejemplo las “*arqueología de la infancia, arqueología queer (gay-lesbiana), arqueología del cuerpo, arqueología fenomenológica, arqueología poscolonial, arqueología simétrica, arqueología cosmopolita, arqueología de la agencia, etc.*” (Fernández Martínez, V., “Una arqueología profesional y tecnificada también puede ser hermenéutica y crítica”, *Complutum* 20 (2), Madrid, 2009, pp. 239-241).

Social, Arqueología Participada o Arqueología Inclusiva, que apenas se distinguen entre ellas por pequeños matices epistemológicos, según los casos y las zonas, quiénes la realicen y el nivel de pluralidad y de implicación en cada una por parte de la ciudadanía...

Por más que delegue en mayor o menor medida su gestión en agentes intermedios, con lo que esto pueda significar de “privatización”, la tutorización y capacidad de decisión sobre la arqueología en España, aun cuando pública por definición -entendido este término en su acepción de propiedad colectiva-, recae en manos exclusivas de las Administraciones, que se mueven entre los determinismos legales, la permisividad interesada y un alto componente de improvisación.

Como contrapartida, asistimos por fin en los últimos tiempos a una sensibilización social creciente en lo que se refiere al compromiso moral de la arqueología, a la responsabilidad de la misma con relación a la sociedad por encima de sus valores epistémicos, y a su rentabilidad como ciencia, que está teniendo un claro y destacado reflejo en las directrices oficiales emanadas de los organismos estatales responsables de la investigación y la ciencia (Ministerio de Economía y Competitividad; Ministerio de Cultura; Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología; Horizonte 2020...): todos, de hecho, recogen de forma explícita la transferencia, la difusión y la socialización del conocimiento, incluso la participación social en la ciencia, entre las líneas prioritarias de sus convocatorias.

Por último, conviene tener muy presente las posibilidades, bien contrastadas en otros países, de convertir la arqueología en factor de educación, *formal, no formal, e informal*, entendiendo por tales dentro -las dos primeras- y fuera -la tercera- del ámbito educativo *sensu stricto*, de la que se puede participar mientras se hace “cultura viva”.

A pesar del enfrentamiento secular en el seno de la comunidad investigadora entre arqueólogos de elite, capaces en su genialidad auto-proclamada de destilar ciencia excelsa, y aquellos otros que se dedican a mover tierra o a la gestión patrimonial, entre otras líneas de trabajo, sin publicar jamás o sólo de forma ocasional procurando no entrar en grandes honduras, en la arqueología integral que personalmente preconizo cabemos todos, siempre que trabajemos de manera consensuada y coordinada, guiados por la ética más estricta, el respeto, la solvencia, la versatilidad y la capacidad de innovación, y sometidos al máximo rigor.

Hemos de reforzar el papel de la arqueología como ciencia histórica capaz por sí sola de hacer avanzar con pulso firme el conocimiento sobre la

Humanidad; una parte trascendente y no estática ni inmodificable de la herencia cultural colectiva que pertenece a una comunidad determinada y tenemos la obligación ineludible de estudiar, interpretar, conservar, enriquecer, transmitir, divulgar, debatir y rentabilizar; porque la arqueología, además de información histórica y tejido patrimonial, está en condiciones de producir beneficios, en el sentido más global y menos prosaico del término. También, por supuesto, de compartirla, promoviendo y garantizando el acceso universal a ella de toda la ciudadanía, conforme a un espíritu de democratización o socialización de la misma como factor de cultura, simbólico, de formación en valores y de cohesión identitaria, capaz incluso de transformar la realidad y el entorno, en el que inciden las Cartas y Convenciones internacionales sobre el tema, y que recoge bien la legislación hispana y autonómica en vigor (cuestión muy diferente es que se materialice en la práctica...).

Son todas ellas cuestiones sobre las que vengo trabajando desde hace tiempo², convencido de la perentoria necesidad de debate, autocrítica y acuerdo a la hora de enfrentar la arqueología del futuro, particularmente en la ciudad histórica, que tantas pérdidas ha acumulado en los últimos años por una gestión ineficaz y una aplicación de nuestra disciplina cuando menos cuestionable.

Puedo admitir que en la mayoría de los casos las presiones del sistema, la necesidad de saltar a un nuevo corte ante la falta de financiación para el trabajo de laboratorio y el correcto procesado interpretativo de la información, la urgencia derivada de la especulación salvaje..., condicionaran en gran medida los trabajos, reduciendo de paso la responsabilidad en sentido estricto de los arqueólogos implicados en las deficiencias metodológicas de todo tipo y en las pérdidas irreparables e irreversibles de conocimiento detectadas³; pero a día de hoy las intervenciones de urgencia se han reducido de forma drástica y, en cambio, los principios que las han guiado durante las últimas décadas, al servicio básicamente de la liberación de suelo, los intereses inmobiliarios y los criterios espurios, se mantienen en buena medida intactos y siguen, entre otros desafueros, las destrucciones.

² Véase al efecto Vaquerizo Gil, D., *Cuando (no siempre) hablan 'las piedras'. Hacia una arqueología integral como recurso de futuro. Reflexiones desde Andalucía*, JAS Arqueología, Madrid 2018.

³ Incluyo entre ellas el amontonamiento de cientos de toneladas de materiales arqueológicos en museos y almacenes institucionales sin perspectivas ciertas de ser estudiados jamás.

Genéricamente hablando, no hemos aprendido nada, y ahí está el drama. Como ha afirmado con absoluta rotundidad y toda la razón del mundo F. Criado⁴, la arqueología comercial “*ha sido un proyecto fallido: no era esto... -porque- ... ¿qué han aportado décadas de trabajo y decenas de millones de gasto...?*”

Actualmente, asistimos a una inflexión inédita en la forma de concebir la arqueología preventiva, de urgencia, urbana y de gestión, de la que debería surgir otra manera de entender las cosas, un nuevo cuerpo legal y normativo que primara por fin la interpretación sobre la remoción de tierra, la calidad sobre la cantidad, el rigor sobre los chanchullos y las corruptelas, la conservación sobre la destrucción, la planificación sobre las imprevisiones, la racionalización de las intervenciones oficiales sobre los abusos y las cargas unilaterales que penalizan a promotores y particulares, la optimización y la difusión sobre la desidia, las sinergias sobre los enfrentamientos.

En este nuevo esquema sería determinante que las excavaciones se redujeran al mínimo, en beneficio de proyectos que propiciaran el estudio sistemático del volumen verdaderamente ingente de información arqueológica extraída sin los suficientes precisión ni control durante los años de vacas gordas. Hablo de una premisa obligada para completar la interpretación de los grandes yacimientos vivos que representan nuestras ciudades históricas, y compensar así, de alguna manera, que en sólo una generación hayamos reducido a la mitad sus archivos del suelo. Y para atender esta demanda, capaz de convertirse además en importante nicho de empleo, habremos de formar arqueólogos integrales y versátiles, que sumen a su cualificación metodológica, lógicamente necesaria para eventuales intervenciones de campo o de investigación aplicada, una formación intelectual, teórica, patrimonial y ética de verdad rigurosa, dotada de todos los rudimentos que exige la investigación crítica y de calidad, base inexcusable para el avance y la transmisión del conocimiento, para que la sociedad nos entienda y acepte definitivamente como una ciencia útil, al tiempo que necesaria.

Es justo lo que venimos haciendo desde hace ya dos décadas quienes integramos el Grupo de Investigación *Sísifo* de la Universidad de Córdoba (PAIDI, HUM-236)⁵, convencidos de que la razón de ser de la Universidad

⁴ “La producción de sentido. La arqueología más allá de la interpretación”, en Quirós, J.A., *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, Madrid 2013, pp. 101-140.

⁵ En Córdoba no tenemos Grado en Arqueología, impartido en la Comunidad Autónoma de Andalucía sólo, de manera conjunta, por las Universidades de Granada, Sevilla y Jaén. A pesar de ello intentamos que nuestros alumnos, como hacemos

como institución es la de investigar, pero también la del pensamiento crítico y el compromiso sin fisuras con el contexto geográfico, social y humano en el que desarrolla su actividad; y, como complemento de todas ellas, la de abrir camino y servir de modelo. Hay tanta tarea por hacer, sin necesidad de tocar un solo gramo de tierra en los próximos años, que la ciudad de Córdoba, y de su mano las instituciones responsables del patrimonio, deberían plantearse muy seriamente una reorientación en profundidad de la disciplina, olvidando las prisas en beneficio de una arqueología social y de investigación capaz de generar conocimiento y en la misma medida ponerlo al servicio de la sociedad para que ésta lo integre en su acervo cultural e ideológico, así como en su tejido productivo.

Vivimos, pues, momentos de inflexión, de los que debería salir un modelo revisado y más efectivo de enfrentar nuestra ciencia de manera integral y holística en la ciudad histórica. No obstante, para ello es indispensable, de entrada, unificar criterios dentro del colectivo profesional de arqueólogos, tan desunido como cainita y errático; evitar la discrecionalidad, las arbitrariedades y las decisiones acomodaticias en el marco de las administraciones; desarrollar por parte de todos nuevos códigos éticos, y, muy especialmente, implicar a la sociedad, algo para lo que será *conditio sine qua non* la educación. De ahí la enorme trascendencia de proyectos de cultura científica como *Arqueología somos todos*, que nuestro Grupo de Investigación viene desarrollando desde 2011; una apuesta firme y arriesgada de transferencia activa del conocimiento que poco a poco va calando en la sociedad cordobesa y genera un día sí y otro también émulos en la empresa, las Administraciones y otras Universidades, en lo que podríamos entender como termómetro fiel y muy expresivo, aun cuando a veces un tanto enojoso, de nuestro nivel de acierto⁶.

Obviamente, para que el problema de fondo de la arqueología en Córdoba empezara a ver la luz en sus amplísimas, y no siempre edificantes, dimensiones haría falta mucho más que un humilde proyecto universitario, por más apoyo que tenga, o haya tenido, de instituciones nacionales e incluso internacionales. A tal efecto es fundamental la labor que puedan realizar Junta de Andalucía y Ayuntamiento de Córdoba, cuya relación con

nosotros mismos, enfrenten el gran yacimiento urbano como el mejor laboratorio de pruebas para aprender de primera mano la profesión de arqueólogo en todos sus aspectos. Por más que existan ya grados y postgrados en arqueología, la propia ley reconoce la posibilidad de acceder a la profesión también desde otras titulaciones.

⁶ *Vid.* al respecto www.arqueocordoba.com, a día de hoy una de las páginas web de referencia ineludible para la arqueología hispana.

la arqueología cordobesa desde hace casi cuatro décadas es, cuando menos, tormentosa. Como antes indicaba, nadie duda a día de hoy de que la arqueología constituye una disciplina social, y como tal necesita del refrendo colectivo, incluidos la ciudadanía, el tejido empresarial y los medios de comunicación, por cuanto todos somos co-responsables, en mayor o menor medida, de la herencia patrimonial que hemos recibido, aunque pueda no ser deseada. Sin embargo, no se puede hacer difusión de calidad sin una buena investigación, y ésta, en Córdoba, cuenta tradicionalmente con escasísimo apoyo, por lo que conviene ser cautos al respecto.

Cuando, de manera ocasional, se lee o se escucha en boca de algunos responsables institucionales, autonómicos o municipales, frases en defensa de la arqueología cordobesa, que califican sin rubor de testimonio fiel de la historia, o barómetro cierto del nivel de implicación de la sociedad con su legado histórico, destacando de paso la labor en su defensa, gestión, conservación y rentabilización, poco menos que modélica, de ambas instituciones, es difícil evitar una cierta turbación. Córdoba ha sido -y es, me temo- posiblemente la ciudad de España que mayor pérdida de patrimonio arqueológico ha acumulado en los últimos treinta y cinco años, en coincidencia justo con las tres primeras décadas del gobierno autonómico, cuando más medios había para evitarlo; algo que en un análisis simplista podría atribuirse sin más a la voracidad del *boom* inmobiliario, pero que en realidad obedece a razones estructurales e ideológicas mucho más profundas, que entran en flagrante contradicción con el que empezó siendo uno de los marcos legales más avanzados de España.

El problema, por tanto, no es de carencias normativas en lo que se refiere a prevención o protección, sino de incapacidad, falta de interés o torpeza a la hora de ejecutarlas. Sorprende, de hecho, que la Ley de Patrimonio Histórico Andaluz no contemple la asunción de responsabilidades en el caso hipotético de que las Administraciones encargadas del mismo incumplan sus prescripciones. Se entiende así, por ejemplo, que de la *II Reunión de Trabajo de la Oficina del Defensor del Pueblo Andaluz y la Fiscalía del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía* en 2005 emanara un comunicado público que, además de destacar la escasa sensibilización pública en relación a la co-responsabilidad colectiva de la sociedad sobre estos temas, y la consiguiente necesidad de educación, reconocía como uno de los factores más determinantes en el deterioro y la pérdida de patrimonio arqueológico *“las carencias existentes en cuanto a su conservación y protección por parte de quienes ostentan la titularidad de dichos bienes o son depositarios de un deber de tutela sobre los mismos”*.

Si sumamos a tan estremecedora premisa las confrontaciones políticas habituales entre instituciones de diferente sesgo político, o que se primen por banderías ideológicas o institucionales las inversiones en determinados espacios arqueológicos en detrimento de otros, la ecuación habla por sí sola. Por duro o políticamente incorrecto que pueda resultar afirmarlo, Córdoba es mucho más que la Mezquita, el templo romano de la calle Claudio Marcelo o Medina Azahara.

Se entiende así, por consiguiente, la importancia de lo que está ocurriendo en nuestra ciudad estos últimos años, cuando de alguna manera la sociedad ha empezado a tomar la iniciativa y a demandar información, deseosa de saber; algo que desde nuestro Grupo de Investigación detectamos a diario, en buena medida porque, nosotros sí, bajamos al ruedo y trabajamos en contacto directo con la gente. Sirva como ejemplo, para no remontarnos muy atrás en el tiempo, lo ocurrido en 2017 con la Asociación Arte, Arqueología e Historia, para la que organizamos el ciclo de conferencias “Roma en Córdoba”, que tuvo una respuesta masiva por parte del público. Algo que ha vuelto a ocurrir en 2018, con la primera parte del programa trianual promovido por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, con el patrocinio de la Fundación CajaSur, sobre “Los barrios de Córdoba en la historia de la ciudad”, en un ejemplo modélico de compromiso con la difusión social del conocimiento.

Bien conscientes de la trascendencia de nuestro papel al respecto, hemos planteado en esta primera etapa del ciclo un recorrido diacrónico por la evolución urbanística de la *Corduba* antigua, desde el viejo asentamiento turdetano, la posterior fundación republicana, la *Colonia Patricia* imperial y la *Corduba* bajoimperial, tardoantigua y visigoda, pasando por la *Qurtuba* emiral, califal y almorávide, hasta llegar a la almohade, que encuentran a su entrada en la ciudad las tropas de Fernando III; desde los *vici* romanos, pues, a los arrabales islámicos, que dieron título al curso. Todo ello tratando de explicar con detalle y fundamento cómo evoluciona la imagen urbana en cada una de esas etapas y los porqués de esos cambios, desde el punto de vista urbano, pero también sociológico, ideológico y simbólico, sin dejar de lado el trascendente papel de la religión, primero pagana, luego cristiana y finalmente islámica.

A tal fin, por una simple cuestión de espacio, ofrecemos en este volumen trabajos de síntesis, en los que, no obstante, es posible encontrar el estado actualizado de la cuestión sobre multitud de aspectos relacionados con la urbanística y la vida cotidiana de la Córdoba antigua. Si quieren hacerse una idea del enorme caudal de novedades que viene ofreciendo

desde el último cuarto del siglo XX la arqueología cordobesa, sólo tienen que consultar las relaciones bibliográficas que aporta cada autor al final de su texto. Y es que, parafraseando a José Cosano, actual Director de la Real Academia de Córdoba, nuestra ciudad cuenta actualmente con la mejor generación de arqueólogos de su historia. Todo un lujo, que sería torpeza injustificable desaprovechar.

No lo hizo, en efecto, la sociedad cordobesa. Para nuestra satisfacción, tan estimulante propuesta recibió de nuevo un respaldo contundente, decidido y multitudinario por parte de la ciudadanía. Asistencias cada noche de doscientas o doscientas cincuenta personas como media a cada una de las conferencias⁷ es algo que no tiene precedentes en la ciudad, y de lo que probablemente pueden presumir muy pocas urbes en España y Europa. Responsabilidad enorme para nosotros, al tiempo que motivo de esperanza y estímulo para seguir trabajando. Es lo que ocurre cuando la sociedad toma las riendas, o decide empezar a tomarlas. Ningún otro indicador podría resultar más claro de que, aun cuando con lentitud a veces exasperante, y en contra de inercias y lastres muy poderosos, algo, por fin, está cambiando...

Son razones más que suficientes para dar sinceramente las gracias a la Real Academia de Córdoba y la Fundación CajaSur por haber alumbrado una iniciativa tan oportuna como necesaria; y hacerlo particularmente en las personas del Director y el Secretario de la primera, José Cosano y José Manuel Escobar, y el Director de la segunda, Ángel Cañadilla, por su apuesta decidida por la cultura y la historia de Córdoba, y haber confiado sin reservas en nuestro Grupo de Investigación para abordar un programa de conferencias tan sugestivo como interesante, que nos obligó a re-mirar la ciudad con ojos inéditos, y del que ahora se nutre esta monografía.

Del mismo modo, quiero hacer extensivo mi agradecimiento a todos los colegas que respondieron al envite, miembros en su mayor parte de mi Grupo de Investigación, jóvenes arqueólogos y arqueólogas que representan nuestra sólida apuesta de futuro, y de los que es difícil no sentirse orgulloso; agradecimiento añadido de forma muy especial a Sergio García-Dils, que sin haber participado en las conferencias aceptó sumarse al proyecto con mucho menos margen de tiempo del que suele ser habitual y razonable, y con la brillantez que ustedes pueden juzgar a través de su texto.

⁷ La sala, espléndida, no daba para más. De hecho, hubo de colgar en alguna ocasión el cartel de “cerrado por aforo completo”. Gracias desde aquí al personal de la misma por su contribución de verdad imprescindible para que todo funcionara a la perfección.

Por último, aprovecho para dar las gracias encarecidamente a cuantas personas siguen con pasión nuestras actividades desde hace tiempo, y cobran cada día mayor protagonismo en relación con la arqueología cordobesa. Harán falta todavía muchos años para que ciertas tendencias y actitudes cambien algo en esta ciudad, pero si alguna vez lo hacen será probablemente de la mano de su ciudadanía; y para nosotros no podría existir mayor honor, incluso visto en perspectiva, que haber contribuido en alguna medida a ello.

Desiderio Vaquerizo Gil

En Córdoba, a 30 de abril de 2018

La fundación de Córdoba en el lugar que todavía hoy ocupa tuvo como principal justificación su control sobre el río, un punto geoestratégico surcado por importantes vías de comunicación en el que el paisaje dibuja con claridad la transición entre dos mundos: Meseta y Andalucía, sierra y campiña, barbarie frente a refinamiento, minas, ganadería y caza frente a la mejor zona hispana de explotación agrícola. En tiempos en los que el Baetis era todavía un río vivo, de fuerza incontrolable cuando bajaba crecido, Córdoba permitía un perfecto dominio de los únicos vados que permitían franquearlo en época de estiaje y en muchos kilómetros a la redonda, ejerciendo de forma prototípica como "ciudad puente". Por el momento sólo es posible suponer en ella la organización de la vida en torno a determinados ejes viarios, espacios públicos civiles o religiosos, comerciales o privados, que fueron habitualmente los aglutinadores del poblamiento y la cotidianeidad en toda ciudad romana; pero aquí trataremos de aproximarnos además a su concepción urbana, a cómo la vivieron sus habitantes, a qué se puede rastrear de la imagen urbana actual en las diferentes Córdobas que han sido. Una tarea tan difícil como arriesgada, por lo complicado de ponerle nombre a lo que en muchos casos no sabemos si lo tuvo, o tratar conforme a categorías de otras épocas realidades antiguas.

Fuente: Vaquerizo Gil, Desiderio: "Vivir en la Córdoba romana"; en *De los 'vici' romanos a los arrabales islámicos*. Córdoba, 2018, pp. 37 y 39.

